

El príncipe Wjasemsky redactó tres instrucciones que apenas fueron modificadas por la emperatriz: una para los oficiales que condujeran al reo de Estado desde Arcángel hasta Worogda; otra para los que le acompañaran desde Worogda hasta Reval, y la tercera para el comandante de Reval, Tiesenhausen, que debía tener preso y vigilar al sentenciado. En estos documentos, se denomina á Arsenio, unas veces «el preso desconocido,» otras «el vasallo Andrés Wralj,» otras «Brodjagin» (de una palabra rusa que significa el vagabundo). Lo que mas se recomendaba en estas instrucciones era el secreto acerca de la persona del preso: los que acompañaban á Arsenio no podían hablar con él, y si este les decía algo, no debían hacer mención de ello en su vida y solo ponerlo en conocimiento del príncipe Wjasemsky. Para impedir que el preso hablara, en caso de que intentara hacerlo, debía ponerse una mordaza.

Era evidente que el gobierno temía la influencia que el reo de Estado pudiera ejercer en el pueblo, el cual tomaba siempre el partido de los perseguidos, y podía llegar hasta venerar como santo al degradado príncipe de la Iglesia. Así se explica que el viaje de Arsenio desde Arcángel hasta Reval se llevase á cabo callada y secretamente, y que los oficiales que iban al frente del convoy ignorasen en lo posible quién era la persona que conducían. El gobierno, según parece, buscó los medios convenientes para que los contemporáneos que seguían con interés la suerte de Arsenio, creyesen que éste había sido deportado á Siberia. De aquí tomaron origen una porción de leyendas acerca de la muerte del arzobispo (1).

El secreto en que debía envolverse al reo de Estado en Reval, puede verse en la instrucción dirigida al comandante Tiesenhausen: según esta, por ejemplo, el sacerdote que auxilió espiritualmente en sus últimos momentos al preso, debió firmar un compromiso obligándose á no hablar una palabra á nadie de la misión que había desempeñado; lo propio acaeció con el médico que le visitó durante una enfermedad y que no pudo saber quién era el enfermo. En la correspondencia que respecto de este sostenía el poder central con los tribunales de Reval, no se mencionaba nunca el nombre del preso y solo se hablaba de «la cuestión secreta.» Los objetos pertenecientes á Mazejowitz fueron vendidos en Arcángel, sin que los compradores supiesen á quién habían pertenecido. En su calabozo podía el preso tener libros, pero no recado de escribir. Por lo demás, Catalina ordenaba que no se tratase duramente á Arsenio y que no se le dejase carecer de nada, pero añadía que, en lo posible, se procurase que los soldados que le vigilasen no fuesen rusos. Cuando Tiesenhausen fué sustituido por Benckendorf, encareció Catalina al príncipe Wjasemsky que recomendara al nuevo comandante vigilara mucho «al embustero,» porque este era capaz de todo, y al menor descuido el «animalito» podía crear grandes dificultades.

Arsenio murió en su calabozo de Reval en 1772 (2): nunca tuvo un partido verdaderamente organizado, pero aquí y allí el pueblo sentía hacia él una especie de veneración; y un místico, J. W. Lopuchin, hizo erigir en una de sus propiedades un monumento al ex príncipe de la Iglesia (3).

(1) Hay datos muy importantes sobre este suceso en los documentos de la Sociedad moscovita para la historia y las antigüedades de Rusia (Tschenija), 1862, II y III.

(2) Las tradiciones locales acerca de una tentativa de fuga y de las simpatías que los rusos de Reval sentían hacia el preso, no merecen mucha confianza. Véase mi trabajo sobre este punto en la *Revista rusa*, XII, 40-62.

(3) Véase la monografía de Ikonnikoff en la *Russkaja Starina*, 1879, Octubre, pág. 194.

En general, la opinión que de él tenía formada el pueblo era abstracta, confusa, y no estaba claramente formulada. Grande debió de ser la angustia que sintió Catalina con ocasión del proceso de Arsenio. Que se dió entonces gran importancia á la conducta rebelde del príncipe de la Iglesia, haciéndole desempeñar el papel de mártir; que se tomaron sus manifestaciones en el convento de Arcángel, atrevidas sin embargo, por un delito de Estado demasiado grave y peligroso, nos lo prueban la inseguridad de los acontecimientos de la época y los peligros que por distintos lados amenazaban al gobierno de Catalina.

La cuestión del arzobispo de Rostow tuvo un epílogo. Muchos años después, hízose una manifestación en los círculos eclesiásticos, que demostró que en estos se censuraba la conducta de Catalina. La forma de la protesta contra una porción de disposiciones dictadas por el gobierno, era inofensiva, pero el fondo revelaba gran excitación, pues pocas veces había sido Catalina tan severamente censurada como en aquella ocasión.

A principios de 1771, un comerciante, Alejo Ssmolin, dirigió á la emperatriz una carta en la cual se discutían á modo de polémica, y con gran audacia, una porción de actos del gobierno. Seguramente el autor de la carta, que había estado en íntimas relaciones con los sacerdotes y los monjes, había pensado y escrito bajo la influencia de estos.

En el curso del escrito se censuraba duramente la secularización de los bienes eclesiásticos. Ssmolin, como Arsenio Mazejowitz, hacía notar la contradicción que existía entre el acto de condenar Catalina, apenas elevada al trono, las disposiciones de su antecesor respecto de la Iglesia, y el hecho de hacer después lo mismo que Pedro había ejecutado. Primero, había declarado Catalina que no atendería á los bienes eclesiásticos, pero después había cambiado de opinión apoderándose de los bienes de las iglesias y de los conventos «para regalarlos al conde Orloff y á otros señores y saqueando los lugares sagrados» de tal suerte que muchos de ellos estaban á la sazón «vacíos y asolados.» «¡Oh mandato injurioso á Dios! exclamaba Ssmolin: ¿de dónde se deriva tu poder sobre los bienes religiosos, pues el poder eclesiástico ha sido instituido por Dios? Tú haces que los ladrones sean castigados; pero ¿qué castigo reservas para los que han robado los conventos? A tí no es fácil que puedan llevarte ante un tribunal.»

Después de esto viene la reconvencción dirigida á la emperatriz por haber despojado de su dignidad eclesiástica y desterrado al metropolitano de Rostow, y se citan algunos ejemplos para demostrar que la cólera de Dios ha castigado siempre á los que han perseguido á la Iglesia ó á sus representantes. También hace Ssmolin cargos á la emperatriz por haber fomentado la desmoralización con la creación de una casa de expositos.

De esta inmoralidad hacia responsable al «gobierno absurdo» que la dejaba ostentarse públicamente. También era una locura y un pecado permitir á los herejes, luteranos y calvinistas, que construyeran templos y mostrarse tolerante con los herejes y los sectarios rusos. «El espíritu seglar, decía, comienza á predominar entre la joven generación; apenas un niño de las clases elevadas sabe leer, ya ha de aprender á bailar, cuando Dios castiga los saltos.» También dirigía una reconvencción contra Catalina en lo referente á la catástrofe del ex-emperador Ivan, en Schlüsselburg, designando á la emperatriz como asesina del desdichado príncipe. El castigo del cielo había ya llegado, pues dominaba la miseria y el pueblo sufría extraordinariamente. «Tú, sin embargo, añade Ssmolin, tú tienes un corazón de piedra, como el Faraón de otros tiempos, y agregas á las desgracias presentes otras

nuevas, amontonando contribución sobre contribución y malgastando considerables sumas.» Por último formula la amenaza de que si la emperatriz no abandona aquella senda, si no devuelve á las iglesias y á los conventos los bienes que les pertenecen, si no revoca todas las malas leyes dictadas, no escapará de las garras de aquellos á quienes tiene ofendidos é indignados.

En este documento se muestra de un modo notable el espíritu del pueblo bajo, reaccionario y fundado en los principios bizantinos de la Edad media, enfrente de la tolerancia y de las tendencias progresivas del gobierno, y es igualmente de notar el terror que inspiraba la manera violenta con que procedía Catalina contra sus adversarios. El malestar de las masas á causa del elevado precio del trigo, de la ignorancia de los órganos de la administración, de la lentitud de los procedimientos judiciales y de otros abusos de este género, se traducía en invectivas contra la que se encontraba al frente del Estado. La emperatriz debía ser, á los ojos del pueblo, responsable del asesinato del príncipe Ivan, en Schlüsselburg; de que los corruptibles funcionarios de Arcángel, á pesar de la prohibición de exportar granos, permitiesen cargar algunos buques de trigo ruso; de que el espíritu mundano viniera á sustituir á la antigua devoción; de que las costumbres de la sociedad rusa se corrompieran, etc. Es probable que Ssmolin escribiese lo que muchos pensaban y decían, y que en él se castigase al representante de una de las tendencias de la opinión pública. Estos círculos no tenían á su disposición una prensa que pudiese hacerse eco de su descontento; de aquí que este mostrara el disgusto en tono mas inmoderado cuando un fanático se hacia publicista. Como no había medios de discutir públicamente, el escritor que se mostraba opuesto al gobierno traspasaba mas fácil-

mente los límites, hasta olvidar toda consideración y convertirse en reo de Estado.

Algunos documentos nos permiten conocer el curso del asunto del atrevido escritor. Ssmolin confesó que pensaba publicar muchas copias de la epístola polemista que había dirigido á la emperatriz, y comenzó por enviar un ejemplar al metropolitano de Twer. Este príncipe de la Iglesia, presa de gran espanto, mandó prender al autor y entregarle á los tribunales laicos. En el interrogatorio á que se le sometió procuró Ssmolin fundar sus opiniones y demostró, entre otras cosas, la maldad de los empleados que no atendían para nada á las necesidades del pueblo, eternizaban los negocios y perjudicaban los intereses públicos.

Catalina, en una carta de su puño y letra que dirigió al príncipe Wjasemsky, le encargó que exigiera del juez de instrucción Scheschkowsky que hablara á la conciencia del acusado, haciéndole ver que la autoridad había sido instituida por Dios y que debía darse al César lo que era del César. También, por deseo de la emperatriz, se obligó á Ssmolin á firmar una promesa en la cual se comprometiese á no usar con nadie aquel lenguaje criminal, etc.

La emperatriz condenó al comerciante Ssmolin á permanecer cinco años en Schlüsselburg, pasado cuyo tiempo podía, á su voluntad, entrar en un convento, bien que, en este caso, el abad debía vigilarle mucho y dar cuenta todos los años al procurador general de la conducta que observase (1).

Cierto que tales manifestaciones procedentes de distintas esferas de la sociedad no podían poner en peligro la seguridad del trono de Catalina, pero como síntomas de cierto descontento en el pueblo, son hechos históricos dignos de tomarse en consideración, y que nos permiten conocer el malestar que entre las masas reinaba.

CAPÍTULO II

MIROWITZ

Los brunswickeses.—Conspiración en favor de Ivan.—Acontecimientos de Schlüsselburg (1764).—Proceso de Mirowitz.—Los adeptos de Ivan.—Secretos

En todos los procesos políticos que se instruyeron durante los primeros tiempos del gobierno de Catalina, se nos habla, como hemos visto, del ex-emperador Ivan Antonowitz. Desde la caída de este, acaecida en 1741, encontramos simpatías en pro de la infeliz familia de Brunswick (2). La idea de que los individuos de esta familia se presentaran como pretendientes y suscitasen dificultades al gobierno existente, turbó mas de una vez el reposo de la emperatriz Isabel.

De aquí el empeño que ponían los gobernantes en ocultar al público la residencia del príncipe Ivan. Con documentos auténticos puede demostrarse que este príncipe juntamente con sus padres y hermanos, fué conducido en 1744 á Cholmogory, donde permaneció hasta 1756, siendo después en-

(1) Véanse las actas en Kaschpireff *Monumentos de la nueva historia rusa*. San Petersburgo, 1871. (Rus.) I, 123-138.

(2) Véase mi obra *La familia de Brunswick en Rusia, en el siglo diez y ocho*. San Petersburgo (Schmitzdorf), 1876.

cerrado en la cárcel de Schlüsselburg; pero en aquel tiempo corrieron por todas partes rumores infundados acerca de aquella familia.

En las instrucciones que al alcaide de la cárcel de Schlüsselburg se dieron durante los últimos años del reinado de Isabel, puede verse cuán probable se creía que alguien quisiera hacer valer los derechos de Ivan al trono. Respecto del destronado emperador que hacia tanto tiempo se consumía en la cárcel, la emperatriz Isabel opinaba de distinto modo que la mayoría: para ella, Ivan continuaba siendo un peligroso pretendiente, y podía, á cada momento, tramarse en su favor una conspiración que la derribara del trono.

Lo que prueba el profundo secreto que se guardaba acerca del preso de Schlüsselburg, es que la mayor parte de los soldados y oficiales de la guarnición de aquella cárcel no sabían quién era el que ocupaba el encierro «número 1.» Muchos en el imperio comenzaron á creer que la existencia de un príncipe consumiéndose en una cárcel era una fábula, hasta que

la catástrofe de que éste fué víctima esclareció el asunto.

No menor que la confusión que reinaba acerca del punto de residencia de Ivan, era la que había en el ánimo de muchos acerca de la existencia y de las cualidades del joven príncipe. Como respecto del hombre de la «máscara de hierro» en Francia, había también en Rusia grande oscuridad acerca de aquel preso, oscuridad que está demostrada por las innumerables fábulas que acerca de su persona se propalaban. Decíase que era hermoso y amable; que estaba dotado de gran talento e instrucción, y se deducían su gran talento y sus excelentes cualidades del hecho de parecer tan peligroso al gobierno.

En realidad el desdichado Ivan había recibido una educación incompleta, preponderando en ella el elemento religioso. Sabía muy poco acerca de su origen, pues, separado de los suyos cuando apenas contaba cuatro años, había estado encomendado á la vigilancia de rudos militares, y había tenido además algunos accesos de locura. Hablaba con gran dificultad y producía el efecto de un idiota. Durante los últimos años del reinado de Isabel, habíase esparcido entre el pueblo el rumor de que la emperatriz había concebido la idea de anular los derechos de su sobrino al trono y conferir el gobierno al príncipe Ivan (1).

Durante el reinado de Pedro III, había circulado la noticia de que el emperador deseaba enviar al príncipe á Brunswick, al lado de su familia. Ciertamente Pedro III pensó en suavizar la suerte del desdichado, proporcionándole una posición más llevadera, pues ya hemos visto que no participaba de los temores que abrigaba Federico el Grande acerca del peligro que podía constituir el preso de Schlüsselburg; sin embargo, por una serie de disposiciones adoptadas entonces, sabemos que el gobierno no vaciló en tomar precauciones enérgicas contra el peligro que por parte del pretendiente podía amenazar. En una instrucción firmada por el conde Schuwloff, y dirigida á Ouzyn, oficial de guardia en Schlüsselburg, se decía: «En el inesperado caso de que alguno intentara libertar al preso, es preciso apelar á todos los medios y no entregar al príncipe con vida (2).»

Sabemos ya que el emperador Pedro III visitó al príncipe Ivan en su prisión de Schlüsselburg, sin que esto contribuyera á mejorar en nada la suerte del infeliz preso (3).

Si al comenzar el reinado de Pedro III existió el temor de que alguien pretendiese hacer valer los derechos de Ivan al trono, con tanta mayor razón Catalina, que se había apoderado del gobierno por medio de un golpe de Estado, podía ver en el príncipe un peligroso rival. De los temores que había manifestado Federico el Grande á principios del gobierno de Pedro III, acerca de Ivan Antonowitz, participaba también Voltaire, el cual, en una carta dirigida en 28 de setiembre de 1762 al conde de Argental, expresaba sus recelos de que Catalina pudiese ser derribada por Ivan y decía que este último, educado por frailes (sic), difícilmente sería un protector de la filosofía, como lo era Catalina (4).

En 28 de junio subió Catalina al trono, y al día siguiente escribió desde Peterhof al mayor general, Ssilin, que se encontraba en Schlüsselburg, diciéndole que cuanto antes, el mismo día ó al día siguiente, sacara al «desconocido prisionero» de Schlüsselburg y lo condujera á Kexholm, dejando preparadas las mejores habitaciones de aquella cárcel, que estaban indudablemente destinadas á otro preso, es decir, á Pedro III. No ha de sorprendernos que no se

(1) *La familia de Brunswick*, pág. 56.

(2) Véanse las instrucciones del tiempo de Pedro en *La familia de Brunswick*, pág. 147-148.

(3) Id. pág. 64. *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVIII, 271-273.

(4) *Siglo diez y ocho*, I, 337.

quisiera tener encerrados en un mismo sitio á dos pretendientes, como eran Pedro III é Ivan.

En seguida dirigióse Ssilin con su prisionero á Kexholm, desde donde el infeliz Ivan fué al poco tiempo conducido de nuevo á Schlüsselburg, fortaleza que ya no había de servir para Pedro desde el momento en que este había sido asesinado (5).

La emperatriz visitó, según parece, al príncipe en Schlüsselburg; por lo menos en un manifiesto que apareció posteriormente se decía que se había decidido á visitar al preso y que la había apenado en extremo haberle encontrado decaído de ánimo y de cuerpo (6).

Los oficiales Wlassieff y Ehekin, á cuya vigilancia estaba encomendado el príncipe, recibieron una instrucción de Panin. En ella se les encargaba procuraran convencer á Ivan de la conveniencia de entrar en la carrera eclesiástica y de cambiar su nombre por el de «Gregorio» ó «Gervasio.» Si alguno se les presentaba con un mandato cualquiera para llevarse el preso, los oficiales no debían entregarle sin una orden expresa de la emperatriz ó de Panin: si alguno intentaba llevárselo á la fuerza, los oficiales debían dar muerte al preso, y no entregarle en ningún caso con vida á manos extrañas.

La proposición de que se hiciera fraile pareció muy aceptable al preso, pero se mostró un tanto exaltado en cuanto al nombre y manifestó que más bien que Gervasio deseaba llamarse Teodosio (7).

No solo Ivan era considerado como peligroso: éralo también toda su familia. La madre del ex emperador, Ana Leopoldowna, había fallecido en 1746. En el retiro de Cholmogory vivían el padre de Ivan, príncipe Antonio Ulrico, y sus jóvenes hijos Catalina é Isabel, Pedro y Alejo. Del proceso seguido contra Arsenio Mazeyowitz se desprende que también estos últimos podían ser considerados como pretendientes.

Un embajador extranjero refiere que, poco después del golpe de Estado, durante el verano de 1762, se había discutido en San Petersburgo la cuestión de lo que debía hacerse con los de Brunswick. Los consejeros más prudentes y circunspectos, aconsejaron enérgicamente á la emperatriz que enviara al extranjero á toda la familia (no se sabe si también al príncipe Ivan); pero esta proposición fué muy combatida por otros dignatarios en número mucho más considerable (8). Sin embargo, la emperatriz creyó posible ofrecer la libertad, á lo menos al príncipe Antonio Ulrico, conservando detenidos á los hijos de este. J. Bibikoff fué el encargado de ir á Cholmogory á hacer tales proposiciones que el príncipe rechazó, diciendo que deseaba seguir la suerte de los suyos (9).

(5) La correspondencia con Ssilin se encuentra en Ssolowieff, XXV, 160-161.

(6) Colección legislativa completa, núm. 12, 228.

(7) Ssolowieff, XXV, 161. Ya en 1744, cuando Ivan, que solo contaba cuatro años, fué trasladado desde Ranenburg á Cholmogory, se había dispuesto que se llamara Gregorio. Véase *La familia de Brunswick*, pág. 14. El deseo de que se mostrara dispuesto á entrar en un convento se explica por la esperanza de que de esta suerte no volvería á ser pretendiente. Entre los papeles de Catalina, se encontró una carta sin fecha, pero datada de los primeros tiempos de su reinado, en la cual se decía: «Mi opinión es... no dejarle de la mano para preservarle de todo mal; y solo revestirle del hábito de monje y cambiar su actual residencia por un convento ni muy próximo ni muy apartado, y al cual lleguen pocos peregrinos. Allí debe permanecer bajo igual vigilancia que ahora, procurando que el convento no se encuentre ni en las selvas de Murom, ni en Kola, ni en la eparquia de Nowgorod.» *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 364. Mas adelante se habla también de Ivan.

(8) *La Corte de Rusia*, pág. 238.

(9) Noticias acerca de la vida y obras de Bibikoff: apéndice 5. Véase

Entre tanto, la familia de Brunswick era objeto de la atención de sus contemporáneos. En lo profundo de su cárcel, el ex emperador Ivan Antonowitz esperaba en todos aquellos que estaban descontentos del gobierno; pues aun cuando era inepto para el mando, su nombre podía muy bien servir para un golpe de Estado, en caso de que se intentara derribar á Catalina. Continuaba, pues, siendo un pretendiente y como tal terrible. Desde que Catalina había subido al trono se consideró posible que el príncipe fuese víctima de una catástrofe y que se le hiciese desaparecer de un modo ó de otro. La energía con que Catalina se hizo cargo de las riendas del gobierno, hacía sospechar que no perdonaría medio alguno para mantenerse en el trono. Un diplomático iniciado en la historia secreta de aquella época, dice que durante los primeros meses del reinado de Catalina, cuando comenzaron á manifestarse síntomas de descontento, «la parte instruida de la corte aconsejó la muerte de Ivan (1).»

Cuando en el verano de 1764 se intentó sacar al príncipe de la cárcel, á consecuencia de lo cual fué este asesinado, creyeron muchos cómplice de aquel suceso á Catalina.

Los datos que acerca de este hecho tenemos hoy á nuestra disposición, nos permiten demostrar que tal sospecha carece de fundamento, y que en aquella ocasión se repitió lo acontecido con Pedro III. Las más enérgicas acusaciones se encuentran en los escritores que, dos ó tres décadas después del acontecimiento, hicieron la historia de Catalina en tono de apasionada polémica, mientras que los contemporáneos á ella hablan con más circunspección (2).

No hay fundamento alguno para creer que el héroe de este episodio, el teniente Basilio Mirowitz, obrase, no por iniciativa propia, sino como instrumento de elevados personajes, y aun de la misma emperatriz. Una larga serie de hechos análogos, como el de Baturin, que en 1749 pensaba elevar al trono al gran duque Pedro, y las intrigas de Guryeff, de Cruzchoff y de sus compañeros en otoño de 1762, demuestran claramente que tales planes tenían su origen en las esferas subalternas, si bien todos sin excepción aunque sin fundamento alguno, se han atribuido á la instigación de elevados personajes, ya por los mismos conjurados, ya por la opinión pública.

Mirowitz descendía de una familia muy respetable de la Pequeña Rusia y contaba 24 años cuando la catástrofe de Ivan (3). Aficionado á derrochar, después de haber disipado sus bienes, entregóse al juego, contrajo deudas y se encontró siempre sin recursos. Los bienes de su familia habían sido confiscados á consecuencia de la traición de Mazeppa (1709), y las muchas solicitudes que había dirigido al gobierno para que le fuesen devueltos habían sido desechadas. Los juicios emitidos acerca de este joven por la princesa Daschkaw y por Panin, que le conocían sin tener muchas relaciones con él, hablan muy poco en favor de este *dilettante* político. En lo que de él sabemos por sus hechos y por su proceso, vemos que no se distinguía ni por sus dotes ni por su instrucción, y que era extravagante, supersticioso, exaltado, y de una devoción que tenía algo de infantil. Examinando sus papeles, se ve, entre otras cosas, que había querido asesinar á la emperatriz (4). Todas sus resoluciones solían ir acom-

la instrucción dada al mismo en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 182. En 1763 fué puesta en libertad la señorita Julia de Megden que era amiga de Ana Leopoldowna y que se encontraba presa desde 1741. *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 2.

(1) Herrmann, V, 687.

(2) Véase la crítica de las absurdas narraciones de Castera, Saldern y Helbig en mi obra *La familia de Brunswick*, pág. 73.

(3) Recientemente se han descubierto acerca de su juventud algunos detalles antes ignorados. Véase *Russkaja Starina*, XXV, 512-514.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 370.

pañadas de juramentos, promesas y ceremonias religiosas.

Mirowitz no conocía al príncipe Ivan; nunca le había visto, y solo en octubre de 1763 supo, por casualidad, que el infeliz ex-emperador se encontraba en Schlüsselburg. El deseo de conquistar á cualquier precio una elevada posición y de ser rico; la desesperación que le producía su carencia de recursos, el deseo de venganza contra un gobierno que no quería cumplir sus deseos y colmar sus esperanzas, pudieron inducirle á tomar la resolución de libertar á Ivan y de elevarlo al trono (5).

Los cómplices de Mirowitz eran militares, con la única excepción de un lacayo (6). En mayo de 1764, Mirowitz explicó á su amigo y camarada el teniente Uschakoff su proyecto de libertar á Ivan y de derribar á Catalina. Ambos hicieron celebrar por sus almas en una iglesia una misa de difuntos «por si en su empresa encontraban la muerte» y se dirigieron á Schlüsselburg para adquirir noticia de los lugares, esperando que por medio de un mandato imperial falso les sería dado prender al comandante de la fortaleza, libertar á Ivan y conducirlo al parque de artillería que estaba situado en la parte llamada Wiborg, en San Petersburgo. Esperaban, además, que la publicación de un manifiesto redactado por ellos, causaría sorpresa y pondría á su lado al pueblo y á los oficiales de artillería, á quienes ellos por otra parte no conocían. Después de esto, pensaban apoderarse de la fortaleza de Pedro-Pablo, desde cuyos baluartes creían poder hacer disparos de cañón y animar con ellos al pueblo. En las calles y puentes principales debían ponerse piquetes de tropa; y algunas comisiones de oficiales debían dirigirse al Senado y al Sínodo, para excitar á todos los funcionarios á que prestasen juramento de fidelidad á Ivan. En cuanto á la emperatriz y al gran duque Pablo, los conjurados esperaban poder hacerlos prender y después desterrarlos.

Varias veces se habían concebido en Rusia, durante el siglo XVIII proyectos análogos, frustrados unos y coronados otros por el éxito. El advenimiento de Catalina I al trono había tenido el carácter de golpe de mano llevado á cabo con feliz éxito, gracias á haberse puesto el elemento militar al lado de la emperatriz. De los conjurados de 1741, la princesa Isabel era la única persona de elevada categoría: sus compañeros, por su posición social y política se encontraban en situación parecida á la de Mirowitz y Uschakoff. Un puñado insignificante de soldados había destronado en 1741 á Ivan; un puñado insignificante de soldados podía también en 1764 reintegrarle en el trono. Ciertamente el plan de los dos aventureros de 1764 tenía alguna semejanza con los acontecimientos del golpe de Estado de 1762, no habiendo otra diferencia, y con ello queda todo dicho, mas que las personas de los candidatos: un Ivan podía ser fácilmente derribado, pero era muy difícil que alcanzara de nuevo el trono. Para Catalina había sido cosa de juego la caída de Pedro; pero Ivan estaba perdido si trataba de ponerse frente á frente de Catalina.

Los términos del manifiesto redactado por los conjurados para cuando llegara el momento de obrar, nos son desconocidos, y solo por algunas declaraciones del proceso sabemos que en él se hacía una espantosa descripción de Catalina, pues el objeto que se proponían era hacerla odiosa á los ojos de sus súbditos y motivar así el golpe de Estado (7).

(5) El interrogatorio donde se explican los motivos que le indujeron á esto se encuentra en las actas coleccionadas por Bludoff. Kowalewsky, *Vida de Bludoff*, San Petersburgo, 1866, pág. 223.

(6) Acerca de la complicidad del lacayo Kassatkin, véase la *Colección legislativa completa*, núm. 12, 241.

(7) Véanse los hechos exactos en *La familia de Brunswick*, pág. 91.